PROGRAMA DE  
 ARTICULACIÓN CON LA   
ESCUELA MEDIA

2018

XII OLIMPÍADAS DE FOTOGRAFÍA Y CUENTO CORTO

CUENTO CORTO

**XII OLIMPÍADAS DE FOTOGRAFÍA Y CUENTO CORTO**

**CUENTO CORTO**

**JURADO:**

**Ana Quiroga  
Ariel Urquiza**



Índice

**1ºPREMIO - "LA DISTANCIA HASTA LA COCINA"**, Camila Erguza Maita, 5º año Colegio Piaget

**2º PREMIO - "EL APEGO"**, Santiago Escobar, 6º año Colegio Piaget

**3º PREMIO - "UN CUENTO CHOTO"**, Mila Delfina Baldrich, 6º año Colegio Piaget

**MENCIÓN - "LA MANÍA DE GRUÑIR"**, Juan Bautista Colombatti, 6º año St. Matthew's College North

**MENCIÓN - "LA TORTURA"**, Olivia Fainberg, 5º año Colegio Piaget

**MENCIÓN – “EL VACÍO"**, Iván Andrés Zúñiga, 4º año San Agustín International School

**Participaron 12 colegios, 63 alumnos, 63 cuentos.**

**COLEGIOS PARTICIPANTES:**

Colegio Bayard  
Colegio del Carmen  
Colegio Goethe  
Colegio Inglés Horacio Watson  
Colegio Lincoln  
Colegio Nuestra Señora del Refugio  
Colegio Piaget  
Instituto Ceferino Namuncurá  
Instituto General San Martín  
Instituto Santa María de Nazareth  
San Agustín International School  
St. Matthew´s College North

**1ER. PREMIO - "La distancia hasta la cocina"**

Autor: **Camila Erguza Maita**, 5º año

**Colegio Piaget**

Parece que va a llover. Las cortinas verdes envuelven el marco de la única ventana que da al jardín. Un aire fresco pero pesado entra por el lado que está abierto y le despeina el flequillo. Piensa en que va a tener que salir corriendo cuando se largue la lluvia, para que la alfombra no se moje. La alfombra siempre se moja. Pero esta vez, él no va a permitir que la gotera en su habitación caiga sobre su frente mientras duerme. Puede ver, entonces, cómo las nubes grises y espesas comienzan a hacerse aire y se esfuman. Ve también el celeste puro y claro y recuerda los domingos en la plaza jugando al ajedrez. Recuerda también las pastas que su abuela cocinaba para cada uno de sus cumpleaños, el olor a jazmín del cielo en la puerta de su casa y esa vez que su primo tuvo que ir al baño y aprovechó su ausencia para robarle alguna que otra canica.

Se quita los anteojos empañados y los frota contra su camisa roja a cuadros. Ahora el sol brilla y refleja y molesta en los ojos. El pasto está prolijo y el jardín muy cuidado. Se siente orgulloso y sonríe. Sus nietos corriendo y saltando lo saludan desde afuera. Siempre le habían gustado las risas de los niños que juegan y gritan. Recuerda cuando él tenía esa edad. También recuerda las tostadas de su mamá y los juegos y los amigos y las risas. Los caramelos que se llevaba sin pagar del quiosco de Don Francisco y la manera en que el hombre fingía no haber visto el momento en que los robaba. Los paseos en bici hasta tarde en la noche y cómo su mamá lo retaba cada vez que volvía con la ropa toda sucia. Los cuentos de su padre antes de dormir y cuánto los extrañó cuando creció. Ahora, finalmente todo lo que alguna vez anheló está delante suyo. Sabe que no puede quejarse y lo repite varias veces en su cabeza para no olvidarse.

Sin embargo, un ruido extraño en la cocina lo interrumpe y se distrae. Un ruido desconocido, distinto a esos que se identifican después de haber pasado tantos años en un mismo lugar. Se levanta con sutileza, para no marearse. Con pasos pausados, pesados, se dirige hacia la cocina. Atraviesa la puerta, corrediza y de madera, como si fuera la primera vez que entra al lugar.

Parece olvidarse el motivo que lo llevó hasta ahí: no lo piensa demasiado y decide prepararse un café. Llena la pava con agua. Agarra un fósforo de la cajita y prende la hornalla. Se queda unos minutos mirando la llama, como si escondiera algo. Cuando vuelve en sí, coloca la pava sobre el fuego. Todo se pone borroso y nublado y cuando se da cuenta el agua ya está hirviendo. Casi se evapora. Luego tira una cucharadita de café instantáneo en la taza amarilla, esa que siempre fue su preferida. Azúcar no le pone. Nunca lo toma dulce, y el mate tampoco. Pero sí se da cuenta de que algo le falta a su café. A su café le falta leche.

Entonces, ligero y a la vez despacio, camina hacia la heladera. Posa sus manos sobre la manija para abrirla. La siente fría y metálica. Respira hondo. Se detiene un instante y la abre. Justo al lado de los huevos, arriba de la carne congelada y por debajo de los restos de comida del día anterior, silenciosa, fría, tranquila, ve su propia cabeza, que yace en uno de los estantes. El rostro pálido, los ojos rojos y la boca semiabierta, dejando escapar un hilito de sangre que gotea, manchando la manteca. La expresión perdida, desviada: la misma de siempre.

Durante unos segundos observa fijamente su propia mirada, indiferente. Luego escupe sus manos, empapándolas en saliva. Se adelanta un paso y comienza a acomodarle el pelo. Vuelve otra vez a clavar los ojos en los suyos una última vez. Entonces extiende el brazo derecho, agarra la leche y cierra la heladera.

Vuelve y se sienta una vez más en el sillón que después de tantos años ya había adoptado la forma de su cuerpo. Frente suyo, la ventana. Puede ver que ahora la lluvia golpea en el techo de una manera casi agresiva. Las cortinas verdes están sucias y rotas. Nunca le gustaron. La ventana cierra mal y el ruido del aire que se escapa lo aturde. De todas formas no le gusta el silencio, porque le hace pensar. La alfombra está mojada. Siempre se moja cuando llueve. Y esta vez, sabe que no va a poder evitar que esa gotera caiga sobre su frente mientras duerme.

No recuerda nada: ni los domingos en la plaza jugando al ajedrez, ni los jazmines, ni las tostadas de su mamá, ni las risas. Sabe que no hay nada en su memoria que le guste. La casa está fría y sola, al igual que el jardín. Mira a su derecha y ve sobre la mesita de luz un portarretratos vacío. Le da otro sorbo a su café y se siente feliz, porque no sabe si la próxima vez va a llegar a la cocina.

**2DO. PREMIO - "El apego"**

Autor: **Santiago Escobar**, 6º año

**Colegio Piaget**

Ya había amanecido cuando decidió llamarla. La llamó desde el teléfono público más cercano a su casa, el cual estaba a una cuadra y media. Era una fría mañana en la ciudad de Buenos Aires. Le costaba mover losdedos para marcar el número de teléfono que pocas horas antes ella le había dado para "seguir en contacto".  Marca. Luego de unos segundos una voz un tanto ronca se oye del otro lado.

- ¿Hola? - dice ella con tono muycansado. Se notaba que el ruido del teléfono la había despertado.

-Carla, soy Sebas, me dijiste que estemos en contacto, y la verdad es que me gustaría verte de nuevo… Que decís de vernosmañana -pregunta inocentemente.

Carla musitó un segundo y respondió.

-Lo dudo, esta semana la tengo muy complicada.

La respuesta de Carla era muy seca, como si estuviese molesta por el horario de la llamada. Sebastián cortó al instante. Triste y desilusionado volvió a su casa y se arrojó sobre la cama. Ese día no fue a trabajar. No pudo soportar el rechazo, deseaba quitarse la vida.

Pasaron horas, hasta que decidió llamarla nuevamente. Esta vez no atendió ella sino la empleada de la casa. Le dijo que Carla no se encontraba y que no sabía cuándo volvería.

Sebastián comenzó a sospechar que lo de la noche anterior había sido cosa de una sola vez y que Carla tenía otro hombre, pero no entendía cómo era posible que ella no lo prefiriera a él. Esa noche no durmió. Los pensamientos le hostigaban el sueño. Entre sabanas y lágrimas una idea se infiltró en su cabeza. No podía dejar las cosas así.

Al día siguiente la fue a visitar a su trabajo. Le llevó una flor y una caja de bombones de chocolate artesanales rellenos con dulce de leche (algunos de ellos con forma de corazón). Trabajaba en un estudio jurídico, aún no era abogada, pero en un futuro lo sería.

Al llegar, preguntó por Carla. La recepcionista le indicó donde se encontraba y ahí se dirigió. Ni bien ella lo vio se le erizó la piel. Su cara demostraba pánico, el temor le corría por las venas, no creía posible lo que sus ojos le mostraban. Se produjo un breve intercambio de miradas.

- ¿Qué haces acá? ¿Estás loco?

- Te traje bombones.

- Me importan una mierda tus bombones, ándate de acá, y dejá de acosarme, por favor. ¡No quiero nada con vos!

Sebastián muy enojado le arrojó los bombones y le gritó puta. No creía correcta la reacción de Carla. Sentía profundamente que ella tendría que haber aceptado los bombones con una sonrisa y agradecerle, pero lo único que recibió fue un rechazo. Sentía una gran impotencia. Con el puño cerrado y la cabeza baja abandonó el estudio. Pero esta vez no se dirigió a su casa, sino a la de Carla. Se escondió detrás de unos arbustos y se sentó a esperar.

Una hora. Dos horas. Tres horas. El frío lo estaba congelando. De pronto, se abre la puerta de la casa: era la empleada, que se iba. Aprovechó su ausencia para ingresar a la casa. Se sentó junto a la puerta a esperarla nuevamente. En la oscuridad se oyeron unos pasos suaves, serenos, de zapatos con tacos. Era ella que se acercaba. Colocó la llave dentro de la cerradura y la giró. Allí estaba él, expectante en la negrura de la sala. Carla abrió la puerta y entró. Sebastián se le apareció por el frente corriendo y saltó sobre ella, ella nunca lo vio venir. Una vez en el piso, puso sus dos manos sobre su frío y delicado cuello y comenzó a estrangularla. Mientras lo hacía, llorando le susurró al oído “Puta, jugaste conmigo. Si no sos mía, no sos de nadie. Me usaste”. Su rostro se volvió pálido. Ya estaba hecho. Había muerto. Sebas abandonó el lugar y se dirigió a un bar. Se embriagó todo lo que pudo.

Es impresionante lo mucho que puede beber una persona cuando tiene el corazón roto. Era un hecho que había perdido al amor de su vida.

**3er. PREMIO - "Un cuento choto"**

Autor: **Mila Delfina Baldrich**, 6º año

**Colegio Piaget**

No sé si sea lo más conveniente sentarme a escribir ahora, quizás María llegue a casa con hambre y se enoje al no ver la cena servida. Bueno, no sé si tanto como enojarse, pero sin dudas se va a poner molesta. Va a empezar a gritar qué tal le hizo tal y tal otro no hizo tal cosa, va a dar vueltas de la mesa al baño, del baño a la mesa, mientras habla furiosa sin frenar un segundo ni siquiera para mirarme a los ojos. Para darme una palmada en la espalda y preguntarme “¿qué tal tu día, amor?”. También va a revolear su cartera por el sillón, sus zapatillas junto al vestidor y su bufanda roja sobre la cama. La campera se la va a dejar puesta quién sabe hasta qué hora, cuando se acuerde, quizás, de que ya está en casa. De todas maneras, hoy no tengo ganas de cocinar. Y mirá que pienso y pienso en María. Pobre María, que vuelve tan cansada y con hambre. Pobre María, que no tiene tiempo para cocinarse. Pobre María, que le baja la presión cuando no come carne. Yo pienso y pienso en María y en sus penas. Pero no hay caso, hoy no tengo ganas de cocinar. Ayer tampoco cociné, no tenía ganas. El gato estaba más juguetón que nunca y ¿podés creer que justo se le dio por perseguir los hilos a la hora de cocinar? No lo iba a dejar con los hilos quietos, pobre gato. Le jugué y jugué un rato y de pronto llegó María. “¿Ya llegaste María? ¡Qué temprano!”. “No Daniel, soy un holograma.” Y miró directo a la mesa. Después miró al gato. “Son las once y media de la noche Daniel, ¿dónde está la cena?”. Y ahí empezó de nuevo con que tal hizo tal, y tal otro hizo tal cosa.

“¡Gato de mierda!”

Y se fue a acostar. Yo creo que le bajó la presión, porque cuando fui a verla estaba blanca y no se le movía ni un pelo. Pero dormía como un ángel, ni se me hubiera ocurrido levantarla. En veinticinco minutos María debería estar llegando y todavía no prendí el horno. Debería soltar el lápiz en este preciso momento e ir a cocinarle a María. Pero, en cambio, tengo mejores planes: escribir un cuento. Un cuento, cualquiera, uno bien choto. Y bueno, sí, quizás debería ir a cocinar, pero no tengo ganas de cocinar. Realmente no las tengo, es una sensación aguda en el pecho. Me imagino levantándome de la silla, caminando hacía la cocina, echándole aceite a la sartén y ya me da dolor de estómago. Me agarra ese nudo en la garganta. El mismo que me agarra cada noche cuando llega María y me cuenta que tal hizo tal cosa, y va de la mesa al baño, y revolea sus cosas, y no me mira a los ojos y no, no me pregunta “¿qué tal tu día, amor?”. ¿Y al gato? ¡Nunca saluda al gato! Pobre gato, siempre anda por ahí con la mirada perdida. Una vez María llegó y le dije “calmáte María, estemos en paz”. ¿Y qué hizo? Se puso a llorar cómo si se hubiera muerto alguien. Esa noche lloró y lloró. La falta de aire le daba espasmos, las manos le temblaban y los mocos le caían incontrolables. La nariz roja, pobre María, la hacía verse más frágil que nunca. Esa noche me la imaginé como un frasquito de sal. La imaginé cayendo de la mesa y estallando en veinte mil pedazos, dejando no más que un montón de sal esparcida por el comedor. También me imaginé al gato yendo a chupar la sal, pobre gato. Pobre María. Yo entiendo que tiene hambre, pero hoy quiero escribir un cuentito. Así, cortito y al pie. Yo creo que a María le va a gustar que escriba un cuento. No sé si precisamente le gustará que lo escriba a la hora de la cena, pero bueno. Estoy pensando, pero no se me ocurre de qué escribir. ¿De María? ¿Del gato? No sé, viste, siempre ando escribiendo sobre María y el gato. La semana pasada le escribí un poema. Yo alguna vez había prometido otra cosa. Algo más decente, más armonioso. Pero mi mamá siempre me decía: no hay palabras más puras que la que salen del corazón. Así que quedó un poema choto, choto pero puro. Sincero, viste.

*María, María*

*cada vez que entrás a la cocina*

*y no está la cena servida*

*me miras con la cara caída*

*Yo creo que me querés matar*

*pero por suerte siempre al final*

*puteás un rato y te vas a acostar*

*Algún día María, te prometo*

*te voy a esperar con un plato de fideos*

*un vaso de vino tinto*

*y un gigante pollo al espiedo.*

A María le gustó tanto que directamente lo tiró al fuego. “Basta Daniel, cortála con las payasadas. Ya estamos grandes.” Es dura María, pero yo no le doy mucha bola. Hay que ser así, viste, sino se arma todo un rollo. A la mañana yo me voy temprano a trabajar y cuando vuelvo María ya se fue. Así que imagínate, solo nos vemos a la hora de la cena. A veces pido una pizza, pero siempre te llega tarde, fría y te la cobran cómo si fuera un salmón. Así que, María, le digo, prefiero hacer unos panchitos en casa. Lo que pasa es que siempre me olvido de comprar el pan. Y llega María y ve las salchichas al plato y se pone loca. A veces le hago unos huevos al microondas. Le gustan, quedan bien esponjosos. Pero bueno, igual se queja, quiere comidas más elaboradas. Y yo la entiendo, pero viste, ya sabés que no me gusta cocinar. Todavía no arranqué con el cuentito y ya casi va a llegar María. Podría escribir una historia sobre una chica que viaja al Sur y se lleva un pingüino para tener de mascota. Qué loco debe ser tener un pingüino. Debe andar por ahí todo el día caminando de la mesa al baño y del baño a la mesa. Y el *pi-pi-pi-pi* te lo regalo, todo el día chillando. Ese sí que no debe parar. Ahora bueno, por lo menos no le tenés que cocinar la cena ¿no? Un par de pescados en la pescadería y fin, pienso yo. Salvo que sea un pingüino malcriado y quiera que le hagas el pescado al puerro con guarnición. Pobre piba, la del cuento. Para qué se habrá llevado al pingüino. Se compraba un canario y listo.

María parece estar retrasada, ya pasaron las once y media. Ojalá se haya desviado para comprar comida, capaz adivinó que hoy no tengo ganas de cocinar y que en cambio decidí dedicar ese tiempo a escribir un cuento. Un cuento choto, pero cuento al fin. Al gato sí que le puse unos granitos de comida, total no me cuesta nada. Y ya tenía hambre, me pasaba por entre las piernas maullando y se estiraba sobre mis rodillas. Ya es media noche, anda a saber dónde andará María. Me asomé por la ventana, pero ni un alma en la calle. A esta hora la gente ya está en las últimas. Ya es casi la una y siento que mi cuento va tomando color. El gato duerme plácidamente sobre unos papeles del alquiler que tengo arriba del escritorio. Cada tanto se levanta, me mira, da una vuelta pasando por sobre las hojas que estoy escribiendo, se acaricia el cuello con el lápiz que se encuentra en posición vertical en mi mano y luego vuelve a dormir, con su fuerte ronroneo.

Son las tres de la mañana y ya terminé mi cuento. La verdad, no quedó tan choto. Trata sobre una chica, jovencita, sencilla. Vive con su pareja hace unos años, en un departamento en Villa Urquiza, o “Villurca” como le dicen en el barrio. La mina re piola, le gusta la astrología, la música retro. Estudia Filosofía en la UBA. Resulta que una noche sale de la facu y se toma el palo. Nadie entiende nada, deja al novio, al gato. Desaparece. Trescientos días buscándola, el novio enloquece, el gato se tira por el balcón. Todo el barrio indignado por la desaparición de la chica.

Pobre María, todo por ir a comprar comida.

**MENCIÓN- "La manía de gruñir"**

Autor: **Juan Bautista Colombatti**, 6º año

**St. Matthew's College North**

Domingo de llovizna por la mañana, había llovido toda la noche pero el partido desgraciadamente no iba a suspenderse por ningún motivo, el rugby es un deporte que refleja la vida, y la vida no se para ni se suspende por lluvia. Nos intentamos distender jugando al truco en el vestuario, caras largas por doquier. Era bastante aburrido, nada nos entretenía, solo buscábamos matar el tiempo. Nadie tenía ganas de jugar ni de estar ahí, se notaba en cada uno de los rostros de mis compañeros. Parecíamos obligados a asistir, pero lo que nos obligaba era el amor hacia el club que no podíamos dejar. Charlas en grupo, para esperarlo al temible Ramón, el gruñón. Al oír los pasos, todos agachamos la cabeza.

Llegué tarde, me costó terminar la última copa de vino y el del alquiler quiso cobrarme hoy. Les tiré las cartas, pequeños mugrosos se pusieron a jugar en el vestuario. No saludé a ninguno exceptuando al escurridizo Laucha, como es habitual. Deseaba que su madre lo fuera a ver hoy. Afuera, “váyanse a correr”, les dije para sacármelos de encima, ya no los quería ver más. Nos mandó a precalentar muy temprano, algunos por culpa de la poca disposición ni estaban cambiados. Por primera vez lucía una buena vestimenta, seguro para coquetear con las madres de mis amigos. Corrimos más callados que político imputado, todos le tememos, no sé por qué lo seguimos respetando y obedeciendo. No parecía un equipo de rugby, pero necesitábamos salir del fondo de la tabla por nuestro propio orgullo y amor propio. Diez de la mañana y a Ramón se le olía el vino a diez metros a la redonda, suele estar más borracho que sobrio, pobre hígado. Peor entrenador no podíamos tener ¿A quién se le ocurrió mandarnos a Ramón? Muchas veces dudé en cambiarme de club, pero con Laucha prometimos llegar a primera y esa promesa terminó siendo una condena. Al fin llegó la mamá de Lautaro, mamita, la recibí con una sonrisa, quizás esta noche se me dé la oportunidad de agarrármela solo para pasar un buen rato. Estrené mi nueva chaqueta para la ocasión. Pobres ilusos, pensaron que el dinero del tercer tiempo lo usaría para alimentarlos.

Saludé a Vivi, su perfume me provocó una sensación de posible placer. Los mugrosos seguían corriendo como gacelas, excepto Laucha, el raudo. Lo hice parar pero con su cara me dijo que no me acercara a su madre. No me cambió en absoluto. Otra vez con mi madre, maldito gruñón. Me hizo parar de correr como el partido pasado. Recuerdo cuando mis padres se amaban, yo era chico pero nunca me olvidaré de esos momentos de armonía. Ojalá nunca se hubieran separado. Terminamos de correr al fin. Más tarde empezó el partido, mi corazón latía atónito y disperso. Ramón, funesto como siempre, gritaba como un gallo al amanecer. Por segunda vez en el año, la madre de Laucha horrorizada por los golpes decidió irse. Entre tiempo. Íbamos abajo en el marcador, como de costumbre. Pero no por tanto. Buscamos a Ramón, el maldito se encontraba persiguiendo a Viviana. Aprovechamos para unirnos, arengarnos y salir a ganar el partido sin entrenador. Nos faltaba Mole, nuestro mejor jugador tuvo que retirarse en ambulancia al comenzar el segundo tiempo por una contusión cerebral, Membri aprovechó su ausencia para entrar. Queríamos irnos con los 4 puntos, verdaderamente los necesitábamos. Una jugada entrenada en la semana entre Laucha y el *full back*, nos hizo ponernos 1 punto abajo en el marcador. Faltaba la conversión de Membri. Yo siempre confié en él. Acertó con lo justo. Festejamos como nunca.

Nos fuimos sin tercer tiempo, pero con una sonrisa bien grande. Espero que cuando Ramón se entere se arrepienta del maltrato matutino, nos pida perdón y se avergüence. Ojalá esta victoria cambie un poco su manera de ser y de dirigirse hacia nosotros. Esta Viviana me sacó cagando, estuve como media hora persiguiéndola y ni me dio bola. Apenas volví, me enteré que los mugrosos estos ganaron, obviamente todo gracias a mí. Sin mí no hubieran hecho nada así que les pedí que me agradecieran y que siguieran obedeciéndome porque ese es el camino que nos sacará de los últimos dos puestos. Esta victoria me hizo odiarlos un poco más, no sé por qué. Quizás ellos me provocan demasiado mal humor, y a esta edad se me hace muy difícil controlar esto. Ellos me provocan un odio que no puedo controlar ya que me hacen acordar a mi pasado Creo que debo dar un paso al costado, se van a querer matar pero hasta acá llegué, los abandono. Ramón nos comunicó que no nos entrenaría más, apenas dio media vuelta empezamos a abrazarnos con mis compañeros, más alegría no podíamos tener. Fue un día perfecto.

**MENCIÓN - "La tortura"**

Autor: **Olivia Fainberg**, 5º año

**Colegio Piaget**

Lo primero que vi al despertar fueron tres caras mortales. Uno era delgado, con cara larga y ojos sombríos. El segundo era más normal, tenía el pelo parado en punta, y el tercero era más alto que el resto y llevaba anteojos. Los tres me miraban con intriga.

No sabía dónde estaba, tenía la vista era borrosa y todo daba vueltas. Me dolía la cabeza y me ardía el cuerpo como si me estuviera quemando vivo pero aun peor. Al rato mi vista se aclaró y pude ver mejor la escena, estaba atado a una silla, fuertemente en las manos, pies, cola y una en el cuello, que apenas me dejaba respirar. Luego vi a mi alrededor, estaba en una sala blanca casi tan brillante como dos soles. Me dolían los ojos con tan solo mirar un par de segundos. Volteé mi vista de la sala brillante para ver al resto pero no había mucho más que mirar excepto una mesa de metal claro con rueditas para poder moverla. Cuando miré en la parte superior de la mesita me dio un escalofrió en todo el cuerpo. Lamentablemente, las reconocí al instante: eran herramientas de tortura, una diferente a la otra.

Volví mi vista a lo que parecían humanos vestidos con batas largas y blancas que combinaban con el cuarto. Al instante sentí un dolor agudo en mi brazo derecho y rápidamente bajé la mirada al ver cómo mi brazo se empezaba a derretir, muy lentamente y muy dolorosamente. Grité de agonía y terror al ver cómo de a poco empezaba a ver mi carne y mi hueso azulado. El líquido verdoso transparente semi-brillante seguía bajando por mi brazo quemándolo, era ácido, cada vez que tocaba mi piel sana salía un humo intoxicante que casi me hacía vomitar. Empezó a bajar su velocidad hasta que paró y los restos empezaron a hundirse en el lugar y a largar más humo. Cuando el dolor paró vi mi brazo tembloroso y dolorido, que empezaba a regenerarse hasta ser un brazo común y corriente, como si nada le hubiera pasado.

Volví mi vista hacia los tres mortales frente a mí, me miraban con admiración, sorprendidos por el efecto que había provocado el ácido al tocar mi piel y cómo reaccionó mi cuerpo regenerándolo. Empezaron a susurrar. Intenté escuchar pero estaba tan débil que apenas podía mover mis largas orejas. Así de inmediato, me tiraron, sin que me diera cuenta, más ácido, aún más que la primera vez. Grité tan fuerte que una lámpara del costado explotó y lanzó chispas por toda la sala. Esta vez no me pude contener y me salieron lágrimas del increíble dolor que sentía. Puse mi mirada de vuelta en el brazo y vi los momentos finales de cómo el ácido traspasaba mi hueso y lo separaba de mi muñeca, dejándolos separados.

Momentos después casi me desmayo, pero logré mantenerme despierto para ver cómo mi brazo y mi muñeca se reunían, como si fueron amigos y no se vieran hace años. Al devolver mi vista hacia los torturadores, mi sufrimiento y terror se convirtieron en enojo y rabia al verlos con caras de alegría. Me miraban con más excitación que antes.

Repitieron el proceso una y otra vez con diferentes partes de mi cuerpo, incluso con mi cara, que fue de todos el momento más doloroso de toda la tarde. Pasaban las horas y me seguían torturando, no solo con ácido sino también sacándome los huesos y experimentando con ellos, al derretirse mi piel. El hueso que me sacaban me volvía a crecer y repetían el proceso de diferentes maneras. En ese momento me di cuenta de que no solo me estaban torturando, si no que estaban experimentado conmigo.

Mientras la horas pasaban probaban diferentes maneras de experimentar con mi cuerpo, me hacían agujeros y me sacaban litros de sangre; me sacaban órganos, los abrían para ver cómo funcionaban, también los sumergían en químicos y anotaban las diferentes reacciones. Incluso me abrieron el cráneo y me sacaron el cerebro, todo esto aun estando consciente, y mi maldito cuerpo seguía regenerándose. Me cortaban la cola, me la arrancaban a la fuerza, me la cortaban a la mitad, me sacaban un pedazo. No iban a parar, la creatividad e ingenio que tenían estos humanos-no, no eran humanos, se notaba que habían perdido ya su humanidad, eran monstros; era increíble.

Mientras la horas pasaban probaban diferentes maneras de experimentar con mi cuerpo, me hacían agujeros y me sacaban litros de sangre; me sacaban órganos, los abrían para ver cómo funcionaban, también los sumergían en químicos y anotaban las diferentes reacciones. Incluso me abrieron el cráneo y me sacaron el cerebro, todo esto aun estando consciente, y mi maldito cuerpo seguía regenerándose. Me cortaban la cola, me la arrancaban a la fuerza, me la cortaban a la mitad, me sacaban un pedazo. No iban a parar, la creatividad e ingenio que tenían estos humanos-no, no eran humanos, se notaba que habían perdido ya su humanidad, eran monstros; era increíble.

Perdí la cuenta de las horas, ya me habían hecho todo lo que a mí se me ocurría posible. Me vertieron ácido completamente y no había quedado nada. No sé cómo podía saberlo, simplemente lo sentía, y de alguna manera me seguía regenerando, incluso de la nada misma. Me prendieron fuego, me regeneraba, metían agua hirviendo por mi garganta, me regeneraba, me arrancaban las garras, me regeneraba, me electrocutaban, me regeneraba, me sacaban dientes, me volvía a regenerar, me inyectaban con ácidos y químico, por unos momentos mutaba, pero a los minutos volvía a la normalidad. Era inmortal.

**MENCIÓN - "El vacío"**

Autor: **Iván Andrés Zúñiga**, 4º año

**San Agustín International School**

El vasto universo sigue en expansión y cada día la vida humana parece tener más difícil la posibilidad de encontrar una civilización extraterrestre. Cada día la tierra está más lejos de todo y nuestra tecnología se queda atrás. La frialdad del universo se vuelve predominante sobre la calidez de lo que parece ser el único planeta habitable.

El momento ha llegado, la humanidad tiene que superar la barrera impuesta por el destino. En la tierra todo está empeorando. El agua simplemente se está acabando y ciudades enteras quedaron obsoletas por la radiación emitida en la última guerra mundial. Las únicas zonas seguras son los bunkers de Estados Unidos, donde vive toda persona poderosa en el mundo, y los Andes Patagónicos, donde la temperatura es ideal para la vida y las tierras siguen siendo fértiles. En los Andes la vida es difícil, todo es una batalla. Se cree que hay una población de 10.000 habitantes, y decreciendo. Decenas de asesinatos están presentes en la vida de las altas cumbres, la violencia es algo del día a día. Se diferencian dos grupos, que son los que predominan, por un lado, tenemos a la secta Sovieta, la cual es una incógnita. Hay mitos que dicen que sus tierras se comparan con el mismísimo infierno y que allí se producen miles de experimentos con muertos al día. En segundo lugar, tenemos una civilización que se hacen llamar los Últimos Templarios, sanguinarios por excelencia, pero que tienen un gran conocimiento de la astronomía y de la informática. Ellos tienen un gran poder económico y tiene un plan perfecto para escapar del planeta tierra. Se estima que muchos de los agentes secretos de la KGB terminaron aquí. Últimamente los Sovietos han estado muy tranquilos algo que preocupa a los Últimos Templarios.

Bergen es uno de los físicos matemáticos más famosos del pueblo de los Últimos Templarios. Él tiene la ayuda de un hacker llamado Vladimir, que llegó en una balsa luego de la explosión de una bomba de hidrógeno en Europa. Él es quien utiliza sus habilidades para sacar información valiosa de quienes viven en los bunkers. Vladimir quiere conseguir los planos del transbordador que los habitantes de la llamada zona 36A quieren construir. No es una tarea fácil, pero Bergen confía plenamente en las habilidades de su compañero.

Los soviéticos son gente muy peligrosa. Ellos utilizan hachas para decapitar quien se cruce y luego llevan sus cuerpos putrefactos a su laboratorio para hacer experimentos. Un día como cualquier otro en el pueblo de los Últimos Templarios, llegaron los soviéticos, vestidos con máscaras antigás y largos abrigos, y comenzaron a querer asesinar a cualquiera que esté a su paso. En ese momento, Vladimir encendió las alarmas del pueblo y llamó a su armada. Con unas espadas de doble filo y lanzas largas, vestidos con una túnica que hacía honor a aquellos que luchaban en el siglo XIII, los caballeros Templarios salieron a aniquilar a aquellos que trataran de tirar abajo todo el esfuerzo de una generación. Tensos momentos se vivieron en las tierras andinas. Era increíble ver que las únicas civilizaciones de la tierra seguían teniendo conflictos y no se unían de una buena vez. Volviendo al pueblo, los soviéticos caen como plumas frente a las tácticas milenarias de los Templarios. Ellos usaban la fuerza de sus caballos para liquidar con facilidad a sus enemigos, mediante el uso de sus espadas. Sangre corría en el pueblo y los adversarios seguían apareciendo. Algo extraño comenzó a ocurrir, aquellos que habían llegado con la intención de matar, comenzaron a ignorar a los caballeros y se desviaban hacia las reservas de agua de los templarios con tintes kamikazes. Allí cientos de cuerpos se encontraban tirados, estos empezaron a desprender una sustancia de color ocre que terminaban en las últimas reservas de agua. Unas horas más tarde, el ataque cesó y la civilización soviética había terminado su cometido, a pesar de su extinción.

Parecía estar todo acabado, las reservas de agua de los Últimos Templarios estaban contaminadas por una batería, inmune a la tecnología antibacterial del momento, que producía el sangrado interno de aquel que consumiera el agua. La crisis era evidente, el pueblo ya no tenía esperanzas. El único agua que quedaba era esa que tenían los habitantes en sus casas. Un nuevo episodio gris se volvía a presentar en las calles empinadas de lo que pareciera la última civilización andina. Bergen y Vladimir llamaron a todos los ingenieros del pueblo para hablar sobre el futuro. El físico matemático tenía una gran idea y se la expresó a todos los presentes en la reunión. Entonces dijo:

- ¿Estamos solos? En este planeta es evidente que sí, pero allá afuera ¿Hay alguien? Tengo una idea que podrá salvarnos, pero necesito el apoyo de todos. Vamos a entrar en un agujero negro.

Bergen ha estudiado los agujeros negros por años y cree que son la única salvación, no hay una certeza sobre qué pasará, pero es su única opción. Él quiere arriesgar todo y sacrificar la única fuente de energía del pueblo, el reactor de Torio. Él dijo que dejaría todo para poder salir adelante, alguna vez había prometido otra cosa. La nave, que alguna vez fue utilizada para llegar a una de las lunas que orbitan la tierra, hoy sería la única esperanza de los templarios. El reactor sería utilizada para generar la energía suficiente para impulsar la nave fuera de la atmósfera y así lograr, luego de dos días, llegar al agujero negro giratorio que está en el centro de la Vía Láctea. La batalla contra reloj había comenzado, solo 15 días restan para que todo aquel ser racional en las cumbres andinas mueran.

Vladimir había recibido una noticia sobre los bunkers, un señor de aspecto extraño se había inmolado provocando la muerte de uno de los líderes del bloque 36A. Esto provocó una guerra civil que dejó miles de muertos. Parecía que ni dinero, ni el poder habían sido suficientes para satisfacer las necesidades de aquellos que ya habían sellado el destino de miles de familias anteriormente. En el pueblo, todo está marchando bien, la gente parecía tener fe en el plan de Bergen y el agua se estaba cuidando como oro. Los ingenieros trabajan en la remodelación de la nave. La luz debía cortarse para poder trabajar en el reactor, dejando a la población sin calefacción. La gente se juntaba alrededor de esos que pretendían salvar a las últimas expectativas de vida.

Después de 10 arduos días de trabajo, frío y escasez, finalmente el proyecto había terminado. Bergen y Vladimir llamaron a todos para subir a la nave. Los ojos de todos se veían iluminados, el momento había llegado. Se encendió el reactor y los cohetes habían comenzado a rugir. Rápidamente empezaron a alejarse de ese lugar que algún momento habían llegado a querer. Luego de 2 horas, ya estaban fuera de la atmósfera terrestres. Todo parecía andar bien, solo quedaban 1 día y 22 horas para llegar a destino. Como era de esperar, había gente que no soportaba la presión de esta situación y moría de temor. Las horas pasaban y la ansiedad se había presente, hasta los más experimentados estaban expectantes por lo que podía pasar. Una sirena fuerte comenzó a sonar, significaba que estaban ante la presencia de un objeto muy denso. Los minutos no pasaban, los segundos eran eternos, los Últimos Templarios ya eran parte del agujero negro. El vacío se presentó y se hizo valer.

Unas semanas más tarde, Bergen despertó y vio a aquello que tanto anhelaba, una sociedad pacífica y equilibrada.

AUTORIDADES DE LA  
UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Dr. Avelino Porto  
Presidente

Prof. Aldo Pérez  
Vicepresidente de Gestión Institucional

Dr. Eustaquio Castro  
Vicepresidente de Gestión Técnica y Administrativa